á uno de los culpables; aun quedaba su cómplice: fuí á encontrarla. ¿Es necesario deciros y no sabeis hasta qué excesos de venganza pueden conducir los celos al corazon del hombre? Vertí, sí, vertí con mi mano el veneno en el vaso de esa mujer por la que dos meses antes hubiera dado mi vida; luego, cuando hubo apurado el veneno, la hice montar á caballo tras de mí y atada á mi cuerpo, encadenada conmigo, y lancé mi caballo por la soledad, el espacio y la noche; por espacio de dos horas sentí retorcerse en los dolores ese cuerpo que tantas veces habia estrechado en mis brazos deliciosamente para evitarle alguna molestia. Por dos horas, ví lamentarse esa voz cuyo sonido me habia hecho estremecer tantas veces de gozo y felicidad; en fin, al cabo de dos horas, ya no sentí nada, no ví nada. Mi caballo se habia detenido á orillas del Sena; bajé, Catarina habia muerto; arrojé al rio todo, caballo y cadáver, y todo desapareció.

—Por grande que fuera su falta, habeis pasado mas allá de vuestro derecho haciéndoos justicia. En estado ordinario de vida, es un crímen que no puede ser perdonado mas que por el santo padre; pero en artículo de muerte, cualquier sacerdote tiene los mismos poderes: esperad pues, hijo mio, porque la misericordia de Dios es grande.

—Entonces, padre, me entregué á todo lo que el hombre llama goces, placeres y honores de la vida; los hombres no tuvieron fe ni honor para mí, yo no tuve fe ni honor para ellos. Traicioné al que me amaba como me traicionaron los que habia amado; amigos, queridas, patria, no fueron ya para mí mas que nombres vanos que sacrificaba á un capricho. Y esto duró diez años, padre, diez años de condenacion que los hombres creyeron diez años de dicha; diez años durante los cuales no se pasó un minuto del dia ni una hora de la noche sin que no viese al duque y á Catarina uno en los brazos del otro: dormido ó despierto, no

hacia otra cosa; tanto se habia grabado en mi corazon este recuerdo: hacia ya parte de mi vida, y sin embargo, oia decir, cuando pasaba: ¡He ahí al favorito, mira al poderoso; he ahí al hombre feliz!

—¿Y cómo quedaron ocultos á los ojos de los hombres esos crímenes?

—Porque un poder superior al humano me habia tomado bajo su proteccion fatal, porque aun no os he dicho todo, padre; en un momento de dolor, de desesperacion, en un momento en que sufria tanto que creia morir, ofrecí mi mano derecha á quien me ofreciera los medios de vengarme.

—¡Y bien! dijo el sacerdote.

—Fué aceptado el pacto, padre, murmuró de Giac poniéndose mas pálido aun: he ahí por qué me he vengado tan bien; he ahí por qué mi venganza ha quedado oculta á los ojos de los hombres; he ahí por qué cuando he querido tomar el Crufijo que me presentábais, me ha quemado como una llama.

—¡Atrás! exclamó el sacerdote estremeciéndose de terror y dirigiéndose al rincon; ¡atrás! ¡tú, que has hecho alianza con Satán!

—¡Padre!

—¡No me toques, maldito! Ni aun nuestro santo padre querria absolverte, no podria; porque aunque abriese á tu alma las puertas del cielo, tu mano siempre arderia eternamente en el infierno. Déjame salir, porque ya nada tengo que hacer aquí.

De Giac lo dejó pasar, y el sacerdote se adelantó hácia la puerta y la abrió.

—¡Es decir que á pesar de mis súplicas, de mi arrepentimiento, de mis remordimientos, rehusais absolverme, sacerdote, continuó de Giac.

—No puedo, respondió el monje, mientras tu cuerpo tenga tu mano derecha.